

J. J. PALMA

Á

HONDURAS

EN SU PRIMERA

EXPOSICIÓN NACIONAL



GUATEMALA:
Tipografía Nacional
1897

J. J. PALMA

Á

HONDURAS

EN SU PRIMERA

EXPOSICIÓN NACIONAL



GUATEMALA:
Tipografía Nacional
1897

A HONDURAS

En su Primera Exposición Nacional.



¡Sublime inspiración, baja á mi mente
En lluvia hermosa de inmortal poesía!
Vierte en mis sienes de tu genio ardiente
El fuego animador, como en un día
Sobre la altiva frente
De la inspirada pitonisa griega
En ondas luminosas descendía,
Y á su esplendente lumbre
La inmensa y agitada muchedumbre
En sacro fuego de entusiasmo ardía.

Yo no ¡puedo cantar!... lucho y me agito,
Y me estremezco y siendo... mas en vano;
Que me falta del numen infinito,
El aliento vital y soberano.
Hierve mi pecho de entusiasmo lleno,
Mas la impotencia estéril me amilana,
Aunque siento latir dentro del seno
El corazón de Píndaro y Quintana.

El lauro de Menermo!... allá lo veo
En la mano gentil de Erato hermosa,
Con las fijas pupilas del deseo,
La mente lucha, infatigable, ansiosa,
Por alcanzar el carro apolíneo
Que en triunfo lleva á la festiva diosa.

Inútil anhelar... si el genio falta,
Aunque arrogancia al pensamiento sobre,
Y audaz se lance en pos de la victoria,
Jamás escalará la excelsa cumbre
Donde crecen las palmas de la gloria.

Honduras: yo me atrevo! En este instante
Te contempla mi espíritu exaltado,
Desesperada, sola, agonizante,
En la sombra sin fin de tu pasado:
Oigo la voz hiriente y lastimera
Que en triste sollozar tu labio lanza;
Y miro de dolor estremecido,
Chorreando sangre el ástil de tu lanza:
Dividida en jirones tu bandera
Y tu semblante de rubor teñido;
Y contemplo tus joyas más valiosas,
Siendo el orgullo de extranjera tierra,
Llevadas por las alas pavorosas
Del simún arrasante de la guerra...

Así pasabas tu existencia!... El duelo
Tu frente no domada obscurecía,
Cuando brilló en tu cielo,
De redención el luminoso día,
Rasgando el denso y ominoso velo
De la noche social que te envolvía.

Todo ha cambiado ya. Por todas partes
Se extiende, bulle é irradiando brota
El germen de la luz que de este siglo
Sobre la frente triunfadora flota.
Se levantan las ciencias y las artes,
¡Esas del alma mensajeras bellas!
Y á tus plantas colocan, entre amores,
Su corona de fúlgidas estrellas,
Y su alba veste de inmortales flores.

La crujiente y veloz locomotora,
Del tiempo y la distancia vencedora,
Deja en tus aires su flotante estela,
Y espléndida, bizarra y prepotente,
Al son del hierro, por tus campos vuela
"Ceñida de relámpagos la frente."

Hoy tu suelo prolífico y fecundo
Brazas de alambre cubren á millares,
Y te ligas al mundo
Por tus fronteras y tus anchos mares.
La palabra que en lánguido desmayo
En tu estéril garganta se extinguía,
En las alas flamígeras del rayo
Es llevada de norte á mediodía;
Y en tu más pobre y apartada aldea
Repercute encendida todavía
En la chispa brillante de la idea.

De tu voz maternal al llamamiento
Hoy acude tu pueblo congregado,
A celebrar con fraternal contento
El gran certamen del trabajo honrado.
¡Inmenso campo de batalla! donde
No esgrime el paladín acero rudo,
Ardiendo el alma en criminal venganza,
Y se presenta sin pavés ni escudo,
Impetuoso bridón ni férrea lanza:
Ni su ancho pecho por divisa lleva
El odio ciego que el furor atiza:
La corva azada, la potente esteva
Son las armas terribles de esta liza.

¡Espléndido palenque iluminado
Por los fulgores de esperanzas ciertas!
¡Hoy el templo de Jano se ha cerrado,
Que el templo de la Industria abrió sus puertas!

Festivo, bullicioso, entusiasmado,
Penetra en su recinto el pueblo entero;
Con su toga viril el magistrado,
Con su blusa listada el jornalero.

Ese santuario del trabajo encierra,
En riquezas, en artes y en industria,
Todo el poder de la hondureña tierra.
Ahí no hallaréis en caprichosa banda
Los sutiles encajes de Inglaterra
Ni las telas riquísimas de Holanda.
No encontraréis la parisiense blonda,
Más tenue que del alba los vapores;
Ni el valioso diamante de Golconda
En ramilletes de esmaltadas flores.
No admiraréis la gentileza rara
De la Venus dormida
Sobre la linfa arrulladora, clara,
Y á quien el arte iluminó de vida
En el nevado mármol de Carrara.
Ni os llenará de asombro el peregrino
Lienzo inmortal do el genio reverbera
Con esplendor divino,
Ya en la Madona del pintor de Urbino,
O en el lúgubre mártir de Ribera.

Al recorrer esa ancha galería
No verá el visitante
La pulida y gentil coquetería
Con que el mundo elegante
Deslumbra la exaltada fantasía:
Pero verá hacinada
La riqueza salvaje, exuberante
De esta tierra fecunda y desgraciada.

De preciosos metales
Aquí hallará el tesoro;
Verá brillar en piedras minerales
Como avellanas las pepitas de oro.
Aquí, la plata, primitiva, pura,
Que en sus entrañas Opoteca cría,
Y que del cuarzo en la corteza dura
Se presenta y fulgura
En racimos de blanca argentería.

¡Y el ópalo brillante y peregrino
Que en su foco de luz refleja el jalde,
Y el verde y el azul y el purpurino!
Aquí verá del ébano valioso,
Rival del azabache, el negro brillo,
Y el tinte vivo, alegrador y hermoso
Del sándalo amarillo
Y el cedro secular y vigoroso
Que en calidad compite y en alteza
Con el cedro de Líbano, famoso;
Aquí hallará la zarza prodigiosa
En manojos informes retorcida,
Ostentando en su savia generosa
Gérmenes ricos de salud, de vida.

Aquí el tabaco! cuya suave esencia
Derrama en los sentidos
Esa sutil y vaga somnolencia
Que embriaga la existencia
En recuerdos de goces extinguidos!

La almendra regalada y nutritiva
De la verde teobroma
Que en las montañas espontánea crece,
Aquí derrama su divino aroma
Que deleita y anima y fortalece.

Aquí contemplará los granos de oro
Que á la industria minera esterilizan.
Que dan vigor á la gastada mente,
Y en sabor y en perfume rivalizan
Con los que vienen de la Arabia ardiente.

La profusión, el lujo y la riqueza
De la caliente y la templada zona
Ha vinculado aquí Naturaleza:
Desde la piña de gentil corona
Que, como reina, se levanta ufana
De los dulces dominios de Pomona,
Hasta la roja guinda y la manzana,
Proclaman la abundancia y la fortuna
De este rincón de tierra americana,
Patria del oro y del talento cuna.

Este es, Honduras, tu soberbio solio:
Sin el hierro feroz lo has conquistado.
Y hoy subes al valiente Capitolio
Que el trabajo y la luz te han levantado.

El trabajo! que horada las montañas
Y arranca á sus entrañas
Piedras preciosas y metal luciente,
Que en miel transforma las pintadas cañas.
Y el seco arroyo en bullidor torrente:
Que aprisiona las ondas
Con dobles muros en los anchos puertos.
Y cubre los desiertos
De blancos lirios y de espigas blondas:
Que apaga el rayo del Olimpo adusto.
Que domeña los vientos y los mares,
Y á quien el hombre agradecido y justo
Alza obeliscos y consagra altares.

Y la luz, y la luz, que el germen trae
De la creadora y primordial esencia!
Cuando en la frente de los pueblos cae
Se levanta hasta Dios la inteligencia,
Y con su viva lumbre
En polvareda luminosa alumbra
Las sombras que obscurecen la conciencia.

La fama el triunfo de la patria lleve,
Del trópico encendido,
A las playas de Europa dilatadas:
Demos honor á quien honor se debe:
Consagremos el lauro merecido:
Que es de nobles pagar deudas sagradas,
Y en esta tierra es noble hasta el bandido.

Salud, Honduras! El Atlante inmenso
Mascando arenas y escupiendo espumas,
Sacude su melena
Cargada de tormentas y de brumas;
Y con la voz del huracán que atruena
Señalándote el Norte y el Oriente:
—¡Yo soy tu porvenir, rugiente exclama:
Y ocultando otra vez la adusta frente,
Hierve y se encrespa y se revuelve y brama!

Alza tu rostro venerable, hermoso,
Que un tiempo amancillaran
Feroces é inclementes
De la ambición los bárbaros titanes:
Que hoy el Ande salvaje te saluda
Con la pujante voz de sus torrentes,
Con el ronco mugir de sus volcanes.

Regocíjate, Patria!... En este día
Cayó por siempre la sangrienta venda
Que tus ojos cubría.
Sigue adelante la anchurosa senda
Del honor, del trabajo y del ejemplo:
Que si el comercio levantó su templo,
La industria acaba de plantar su tienda.

Honduras! De rodillas!... Que alza el vuelo
Ya la plegaria santa!
Escucha humilde lo que pide al cielo
El obscuro poeta que te canta,
Que también el poeta es sacerdote
Cuando á los cielos su canción levanta:

Que el genio protector de las naciones
Te ayude, te conduzca, te ilumine,
Y en tus vastas regiones
La estrella de la paz nunca decline;
Que tus hijos unidos por el lazo
De familia, interés, y aspiraciones,
En un estrecho y fraternal abrazo,
Apaguen el volcán de las pasiones:

Que el Universo con amor te vea:
Que Dios te guarde porvenir dichoso,
Y tu nombre glorioso
Blasón y orgullo de tus hijos sea.

J. J. Palma.

